

canzareis el perdón de vuestra culpa. Es obligación personal. La hacienda hurtada puede restituirla el confesor, ó cualquier otro: la honra y la fama que quitasteis, debéis restituirla personalmente. Vosotros mismos debéis buscar á aquel ó aquellos á quienes descubristeis los defectos y faltas ajenas, para decirles que fué falso lo que dijisteis, pues todo pecado puede llamarse falsedad; y debéis añadir á la retractación las mejores recomendaciones y elogios del sugeto á quien desacreditasteis. Esta obligación no puede conmutarse. Las oraciones, las lágrimas, las penitencias, las limosnas os serán inútiles sin la restitución que os prescribe la justicia: obligación ejecutiva, que no sufre dilaciones. Porque la infamia con el tiempo se divulga, y se acrecienta; la llaga se corrompe, y cancera; y así pide el más pronto y eficaz remedio.

Quiera Dios que mediteis debidamente estas circunstancias, para que, concibiendo un justo horror á la gravedad de la contumelia y murmuración, y á lo funesto de sus efectos, pongais freno á vuestra boca, y peseis muy bien todas vuestras palabras. Pero no quisiera que lo que acabais de oír perturbára vuestras conciencias, haciéndoos creer, que hay pecado mortal en descubrir las más ligeras faltas de vuestros prójimos. No: la misma parvedad de la materia, que no basta á quitar la fama, tampoco es suficiente para hacer grave la culpa. Ni ménos quisiera que confundierais la maledicencia con la invectiva. Hay notable diferencia entre descubrir los defectos y las faltas del prójimo, y culparlos cuando son públicos. Lo primero es maledicencia, lo segundo es celo. He oído á muchos empeñados en decir, que todos son buenos. Llevan á ajusticiar á un asesino, y dicen que le tienen por inocente, sin reparar que con esto hacen delincuentes á los jueces que le condenaron. Ven una acción evidentemente escandalosa, y buscan medios ingeniosos de disculparla, sin advertir, que con esto inducen á los demás á que hagan otro tanto. No es esta conducta conforme á la caridad, cuyo celo nos obliga á aborrecer y á declamar contra las públicas maldades. No es conforme á la justicia, pues quita á la virtud las alabanzas que dá al vicio. No es conforme á la razón, que prescribe un medio entre la maledicencia y la lisonja. Tanto amenaza Isaiás á los que califican de bueno á lo malo, como á los que llaman malo á lo bueno: *Væ vobis dicentibus bonum malum, malum bonum.* Is. v, 20.

Entre estos dos extremos debéis caminar, amados oyentes, condenando y reprendiendo las maldades públicas, y encubriendo las faltas ocultas de vuestros prójimos. ¡Dios mío! vos solo podeis reprimir las lenguas de los que todo el día lo emplean en hablar de los

defectos y de las faltas que con curiosidad descubren. Vos podeis romper las plumas de los que con sátiras y libelos famosos desacreditan lo que hay de más venerable. Vos, Señor, podéis poner á vuestras bocas aquel candado que os pedia David para la suya: *Pone, Domine, ostium circumstantiæ labiis meis.* PSALM. CXL, 3. Hacedlo, Dios mío, para bien de los hombres maldicientes. Haced que la lengua que nos disteis, solo la empleemos en alabarnos y bendeciros acá en la tierra, para que tengamos después la dicha de cantar vuestras alabanzas por toda la eternidad en el cielo.

DELEITES: Véase, PLACERES.

DEMONIO.

I.

Ductus est Jesus in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo.

Jesús fué conducido del Espíritu al desierto, para que fuese tentado por el diablo.

(Matth. iv, 1.)

La vida del hombre es una guerra continua sobre la tierra, y podemos decir, que apenas acaba de nacer, cuando ya ha de salir al campo para pelear. Pero los combates del espíritu son muy diferentes de los combates del cuerpo. En éstos se trata de vencer á los hombres, en aquéllos de vencer á los demonios: en éstos se intenta desbaratar escuadrones, romper líneas, forzar trincheras, sitiar plazas, arruinar murallas, minar castillos y consumir un ejército por hambre ó exterminarle á sangre y fuego; en aquéllos los enemigos

son de otra clase, ménos visibles, pero más fuertes, pasiones ciegas, apetitos rebeldes, inclinaciones violentas, deseos inflamados: enemigos nacidos en nuestra casa, criados con nosotros mismos, artificiosos, solapados y tenaces, que ni el hambre los acaba, ni el hierro los destruye, ni la esclavitud los humilla. Aquí los trofeos se elevan sobre los muros y ciudadelas; allá se erigen en presencia de Dios y de sus ángeles: aquí se termina la gloria del vencimiento á la toma de una plaza ó á la conquista de un reino; allá se adquiere el dominio de los cielos y el estandarte de la inmortalidad: aquí el conquistador es muchas veces sepultado en su propio triunfo, ó á lo ménos no goza del triunfo largo tiempo; allá no hay esta inconstancia, la gloria es permanente y la duracion tan larga como la eternidad. Todas estas ventajas llevan los combates interiores á los exteriores; pero si las ventajas son mayores, tambien las empresas son mas árduas, la lucha más obstinada, y el éxito más dudoso. Y ¿por qué? Porque no es lucha contra la carne y la sangre, como dice el Apóstol, sino contra las potestades espirituales, que reinan en las tinieblas: es lucha contra el mismo demonio, contra el presidente del abismo, contra el príncipe de este mundo, contra el autor de todo lo malo y perseguidor de todo lo bueno; él es el fuerte armado del Evangelio, y en sus armas lleva escrito: *perdicion y muerte del alma*. ¿Puede darse campo de batalla más horrendo, choque más desigual entre el hombre flaco y tentado, y el espíritu fuerte y tentador? ¿Cuánto no hay que temer de este enemigo! Contra este espíritu tentador hemos de pelear varonilmente, con denuedo y valentía, si queremos vencer y coronarnos. Os lo demostraré, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

1. Paréceme que la misma Escritura sagrada, no hallando colores bastante vivos para hacer la pintura exacta del demonio, de este espíritu tentador, multiplica los borriones y la fealdad del cuadro que bosqueja, para hacernos concebir alguna idea de la malignidad del original que representa. Ya nos lo propone bajo la odiosa denominacion de Bremot, bestia fiera, que asusta y espanta con sus ahullidos y terrible forma, ya bajo la imágen de Beelzebub, mosca importuna, molesta y hedionda, que todo lo anda, todo lo corre, en todo se halla, en todo se ceba como sea hedor y fetidéz, y nunca se fatiga ni se cansa; ahora bajo la figura de Leviatan, gigante membrudo y temerario, que á nadie teme y hace temblar á todos los vivientes; ahora bajo el simbolo de una culebra enroscada, serpiente antigua y astuta, como la llama san Juan, diablo, y Satanás, que seduce y en-

gaña al orbe entero. Prosigue Job la descripcion de este dragon en términos que horrorizan, y dice: su cuerpo está cubierto de compactas é impenetrables escamas, sus ojos arrojan centellas ardientes, sus narices respiran denso humo, su boca es un horno encendido, su aliento una ponzoña mortífera, su estornudo un rayo vibrado, su mirada la de un basilisco, sus piés oprimen los montes, su mano rompe el hieiro y el bronce, y todo lo desmenuza como si fuera paja ó materia podrida. Su soberbia es tan osada, que pretende escalar los cielos y derribar al Altísimo de su trono.

Tal es este espíritu de las tinieblas, esta cabeza de los réprobos, este famoso adversario de Dios y de los hombres. ¿Y habrá alguno, que se libre de las asechanzas, de las maquinaciones, de las artes de este prestigiador doloso y malignante, cuando se atrevió á tentar al mismo Verbo eterno vestido de carne, para hacerle caer, si posible fuera, en sus redes y en sus lazos? Jesucristo (cosa que parece increíble) permitió en su propia persona las tentaciones diabólicas, para prevenirnos que no hay hombre sobre la tierra á quien no acometa la rabia y la malicia del enemigo. Despues de haber el Salvador ayunado cuarenta dias en el desierto, sintió los estímulos del hambre; y al punto acudió el demonio, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. Jesucristo rechazó la tentacion diciéndole: Escrito está, que el hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra y asistencia, que viene de la mano de Dios: *Non in solo pane vivit homo*. De allí á poco le arrebató el diablo, y llevándole por el aire, le colocó sobre el pináculo del templo y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, tirate cabeza abajo, porque está escrito, que el Señor mandó á sus ángeles, que te llevasen en palmas para que no te lastimes en la caída. Jesucristo le hiere por los mismos filos: Tambien está escrito, le dice, no tentarás á tu Dios y Señor: *Non tentabis Dominum Deum tuum*. Aún porfió el demonio en su malvado intento, y apoderándose del Salvador, le subió á la cima de un elevado monte; y mostrándole desde allí todos los reinos y toda la gloria del mundo, tuvo descaro y osadía de decirle: Todo cuanto ves te daré, si cayendo en tierra me adorares. Jesucristo no pudo sufrir tal temeridad é insolencia, y con aire de indignacion y desenfado le dijo: Vete de ahí, Satanás: *Vade, Satana*; porque está escrito: adorarás á tu Señor Dios, y á él servirás solamente: *Scriptum est enim: Dominum tuum adorabis, et illi soli servies*. Con estas respuestas categóricas y terminantes, rebatió Jesucristo los tiros de su adversario; y luego acudieron los ángeles á servirle, porque las tentaciones vencidas son corona del vencedor, y el cielo se complace de la

victoria. Conoció el demonio la superioridad de aquel hombre, y que daban en dura piedra sus sugerencias; pero, en nosotros conoce la fragilidad del barro, y por lo mismo, no desiste jamás de sus empresas.

2. ¡Oh Dios! ¡cuáles y cuántas son las artes y trazas de este tentador astuto, para triunfar de nuestra debilidad y flaqueza! Él aviva las pasiones, enciende los apetitos, presenta imágenes halagüeñas, lisonjea el gusto, halaga la inclinación, endurece la voluntad, oscurece la mente, convida con placeres, ofrece diversiones, y dá á beber el veneno en copas de oro, disfrazando la amargura que oculta con el oropel de la dulzura que ostenta. El ángel prevaricador nada perdió de sus luces por el pecado; solo ha variado el uso, y no sirviéndose de ellas para lo bueno, se sirve para todo lo malo. El demonio es por extremo envidioso, y de aquí le nace el encono y la saña que tiene con el hombre. Esta fría y oscura pasión le roe y despedaza las entrañas; llena de hiel y de amargura, cuando reflexiona que el trono en que se sentaba un príncipe tan alto, ha de ser ocupado por un siervo humilde, por una criatura baja, y aún ha de venir tiempo en que esta misma criatura, por baja y humilde que sea, ha de juzgar al mayor potentado del cielo, al desertor famoso de aquellas celestiales milicias. El hombre elevado á la dignidad del ángel, y el ángel degradado de su alteza; la tierra puesta sobre el cielo, y el cielo hundido en los abismos de la tierra; ved la causa que irrita su furor, enciende su cólera, acrecienta su rabia; y á la manera que un león furioso y herido corre por las selvas, dá rugidos por los montes, hace una horrible carnicería en cuantos brutos se le ponen delante, mas no por eso se aquieta, porque su furor le causa una aguda flecha que lleva hincada en el pecho; del mismo modo este enemigo cruel del linage humano, herido con la lanza de la envidia que lleva clavada en el corazón, no descansa, no duerme, no sosiega, dá giros dentro del mundo pequeño, hace estremecer los montes más elevados en virtud, despedaza á cuantos animales encuentra, quiero decir, á cuantos viven vida bestial y mundana; mas no por eso se satisface su rabia, porque á todas partes le sigue aquella flecha amarga de la envidia, por la que quisiera arrastrar á las grutas y cavernas infernales todas las criaturas. Cuantos mas caen en sus manos, tanto mayor gozo recibe; y como se vé privado del verdadero bien, no puede sufrir que algun otro le goce: y ya que no puede tener compañeros de las glorias, que perdió, quiere tener cómplices de la ignominia y miserias, que padece.

Sin embargo, si en el demonio no hubiera mas que una envidia

desnuda y una emulacion desarmada, no fuera de temer tanto, porque esta pasión, considerada en su principio, es un torcedor que despedaza; pero únicamente las entrañas del envidioso, sin que por eso dañe á otro mas que al que la padece. Rabia de ver felices á otros; mas no por eso les quita parte de su felicidad; á él solo le carcome sin fruto, y todas las saetas se vuelven contra el mismo que las arroja. Es un veneno, que abrasa el corazón; pero no sale á la parte de fuera, y consumiendo lentamente los huesos á vista de la prosperidad del prójimo, aumenta la propia miseria y no menoscaba la ajena. Pero esta negra pasión, que suele ser infructuosa en nosotros, en el demonio es activa, eficaz y fecunda, porque la aviva y la enciende su astucia y su malicia: y ved aquí por que este enemigo es temible en tanto grado. Nosotros somos semejantes, dice el apóstol san Pedro, á los que están colocados en el punto céntrico de un círculo, que á donde quiera que miren, dán con la circunferencia; así de cualquiera parte que nos volvamos, damos de ojos con el espíritu tentador; y como no hay clima tan templado que no esté expuesto á las injurias del tiempo, ni mar tan tranquilo que no sea combatido de borrascas; no hay estado alguno en que el demonio no presente sus tentaciones. En vano aquellos hombres grandes, de quienes el mundo no era digno, buscaban los desiertos, los montes y las cavernas, para ponerse á cubierto de los insultos del demonio; no dejaban por eso de sentir sus golpes: en sus mortificaciones y austeridades, les presentaba placeres; en su indigencia y pobreza, les ofrecía riquezas; sepultados en la obscuridad de una gruta, les brindaba con el esplendor del mundo y con el dulce trato de las gentes. ¿Quién no miraría la tranquilidad de aquel retiro consagrado al silencio, como un asilo para la virtud, y como un puerto seguro á la santidad? Con todo ¿qué fueron los desiertos más famosos de Egipto, de la Tebaida y Palestina, sino teatros de una guerra sangrienta para los Antonios, Macarios, Gerónimos é Hilariones? ¿Hubo jamás pensamientos criminales de que no se viese asaltado su espíritu? ¿Hubo imágenes lascivas, que no los tentáran? ¿Hubo llamas abrasadoras, que no prendiesen en la leña seca de aquellos montes? Ya la ternura de sus padres y de su patria, ya el recuerdo de sus pasadas satisfacciones, ya el disgusto y el tedio á la soledad, ya la estimación de su mérito, todas estas baterías dispuestas por Lucifer, estuvieron á pique de dar por tierra con el fuerte de su alma, y fué menester una resistencia tan obstinada como la de aquellos esforzados guerreros, para que no abriesen brecha en la muralla de su constancia.

Pues si una vida tan justa, tan regulada y tan santa como la de

aquellos hombres, que se sepultaron vivos, no estuvo libre de las asechanzas de este enemigo cruel; ¿habrá que fiar de otras condiciones implicadas en mil negocios, medidas en mil tratos y laberintos, ocasionadas á mil licencias? Si no hay claustro, soledad, ni retiro; sino hay velo, ni sacerdocio, en que el vapor pestilente de la tentacion diabólica no insinúe su veneno, y con un sùtil é imperceptible contagio no corrompa la pureza del alma; ¿qué hemos de decir del mundo, sino que padece un naufragio universal en las aguas de las tentaciones, y una desolacion y total exterminio en la guerra del mayor tirano? Como los pecadores gustan de ciertos pecados que lisonjean su inclinacion, aquí se mete el demonio á inclinar esta balanza, que el temor de la pena, por una parte, y el placer de la culpa, por otra, tenian como en equilibrio. Presenta el objeto halagüeño, le viste de colores deleitables, inflama la pasion, ceba el apetito, facilita los medios, proporciona el logro, aviva el deseo; y un árbol que ya tiene picada la raíz por el gusano del vicio, á pocos golpes le vereis en tierra. Ya sabe este espíritu astuto, que armas ha de manejar para rendir; ya sabe, que al avariento no le ha de ir con liviandades, ni al gloton con abstinencias, ni al iracundo con mansedumbre. ¿Eres regalado? te dará por delicias; ¿eres soberbio? te presentará elevaciones; ¿eres murmurador? te hará saber novedades; ¿eres lascivo? fabricará en tu imaginacion mil imágenes lisonjeras, y acomodándose al paladar diferente de los mundanos, sabrosamente los engaña con sus astucias. Ya ha visto un talento elevado como el de Agustino; le dá por la libertad en la doctrina: ya ha visto una hermosura sobresaliente como la de Magdalena; le dá por la vanidad de ganarse adoradores: ya ha visto un genio flojo como el de Heli; le dá por la indiferencia y abandono de su familia: ya ha visto un ánimo flexible á los dones y á las dádivas; le dá por el soborno y la estafa, como á los jueces de Israel: ya ha visto una doncella vacilante en el pudor; le dá por el velo de futuro matrimonio, como lo hizo con Tamar. A unos vence por el interés, como á Judas: á otros por la envidia, como á Saul: á éstos por ruegos, como á Sanson: á aquéllos por amor, como á David. Él sugiere á los pecadores más obstinados, que al fin de la vida se convertirán; á los pecadores de costumbre, que les es imposible salir por ahora del atolladero en que se ven metidos; á los devotos recientes ó principiantes, les presenta montes de dificultades en el progreso de la virtud; y á los adelantados y perfectos, les dá por presuncion y vanagloria. Os he dado, hermanos, una ligera muestra del espíritu

maligno y tentador, para que le aborrezcais de muerte y resistais á sus asaltos.

DEMONIO.

II.

Adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret.

Vuestro enemigo el diablo anda girando como leon rugiente al rededor de vosotros, en busca de presa que devorar.

(I Petr. v, 8.)

Triste es la situacion del hombre en este mundo. Una inteligencia sublime, elevada sobre la materia, independiente de los sentidos, nos tiende de continuo lazos para perdernos. Cuando el ángel salió de las manos del Criador, estaba enriquecido con las prerogativas más brillantes de la naturaleza, con los preciosos dones de la gracia. Así un profeta, ántes de referir su lamentable caida, le dirige la palabra de esta manera: ¡Oh! tú que llevas en tí mismo el verdadero sello de la hermosura, tú que llevas el sello de esa hermosura divina, y de esa semejanza grabada en tí como una imagen fiel, tú tan bello, tan perfecto en tus caminos, cubierto de piedras preciosas en tu vestidura, oh angel, yo te saludo! Pues bien, esa naturaleza privilegiada, ese ángel colmado de los dones del Señor, constituido en el crítico momento de la prueba, aunque gozando de libertad y de facultad suficiente para dirigirse al fin, y llegar á su objeto, el ángel, casi en el momento mismo de entrar en posesion de la gloria y de ir á colocarse junto al trono de Dios, dió oidos á sus propias sugestiones, se amó á sí propio con exceso, se adoró, se consideró como su

único objeto, como su fin. Sintió el aguijon del orgullo, y entónces el fin á que estaba destinado, el cielo de que iba á tomar posesion, todas esas glorias que le esperaban, todos esos tesoros que tenia en su mano, todo se desvanece. No sé que especie de fascinacion se apoderó de él; no quiso someter su voluntad á la voluntad de su Criador, no quiso servirle. *Non serviam!* exclamó, quiero ser independiente; y al punto, el que debía difundir la luz, el que debía iluminar el universo, el que debía ser el mensajero de las voluntades celestiales, el que debía traer á la tierra designios de paz, de misericordia y de amor, es relegado á las cavernas infernales; y de ángel, de amigo de Dios, de servidor del Altísimo, de asistente á su trono, de ministro de su poder, queda convertido en demonio. Confirmada su voluntad en el mal, hace una cruda guerra á los que obedecen á Dios; transformado en tentador y en fomentador del mal, se remueve y agita como leon rugiente al rededor de nosotros, para hacernos caer en pecado y perdernos. Por eso el príncipe de los apóstoles nos exhorta á velar, y nos dice, que firmes en la fe, opongamos una generosa resistencia á ese enemigo de Dios y de los hombres. De esa resistencia depende nuestra felicidad. Deseando que todos vosotros triunfeis de los esfuerzos del demonio, quiero hoy hablaros de lo que él hace para perdernos, y de lo que debemos nosotros practicar para inutilizar sus esfuerzos. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La vida del cristiano sobre la tierra no es mas que vida de tentacion, y cuanto más virtuosos queremos ser, más tentaciones hemos de experimentar. Apenas empieza el alma á amar las cosas celestiales, el demonio se enfurece contra ella, y le suscita las más terribles tentaciones. Faraon no trató con aspereza y rigor á los Israelitas, miéntras que, olvidados de su Dios, no pensaban sino en edificarle ciudades y cumplir sus órdenes; pero luego que Moisés, enviado por Dios, le inspiró un vivo deseo de encaminarse á la tierra feliz que les estaba prometida, suscitó contra ellos una terrible persecucion. Su furor crecia con la fe y la sumision de los israelitas á Dios; y cuando les vió salir de Egipto, reunió un numeroso ejército para perseguirlos y acabar con ellos. No de otro modo ejerce sobre nosotros su crueldad el demonio, cuando ve, que, descontentos de su servicio, emprendemos el camino de la virtud y perfeccion. Miéntras nos tiene cautivos á su voluntad, y, olvidados de nuestro sublime destino, nos abandonamos á los placeres, nos halaga; pero apenas la gracia del Señor excita en nuestro corazon el deseo de re-

cobrar la libertad que habíamos perdido, incurriendo en el pecado, levanta contra nosotros terribles persecuciones. El primer movimiento de nuestro corazon hácia Dios, es el primer estímulo de su furor contra nosotros. Y á proporcion que el Señor nos obliga con particulares finezas y mercedes á su servicio y amor, aquel cruel tirano multiplica su furor en daño nuestro.

¡Oh! ¡cuánta debe ser nuestra vigilancia en vista de las artificiosas invenciones de la malicia del demonio para perder á los amigos del Señor! ¡Con qué astuta diligencia escudriña los más ocultos pliegues de su corazon para acometerlos por la parte más sensible, por la que más se presta á sus infames sugeriones! Examina y considera las complexiones, necesidades y disposiciones de cada uno, para tentarle en aquello á que nos vé inclinados. A los soberbios los va á tentar con los honores; á los que están satisfechos y saciados, con el ocio; á los iracundos, con las contiendas; á los avaros, con las usuras; á los impuros, con los placeres; á los ambiciosos con la gloria; y á cada uno le prepara el gusto ó la aficion particular de que le ve dominado. Observa las costumbres de cada uno, compara sus cuidados, escudriña sus afectos, para perjudicarle en lo que más le ocupa y divierte.

Y no creais que desechada la primera sugestion de su malicia, desiste de sus dañados intentos. A Eva la tentó primero con la gula, diciéndole: ¿Por qué os ha mandado el Señor que no comais de todos los frutos del paraíso? Luego la tentó con la vanagloria, prometiéndola, que si comia del fruto vedado se abririan sus ojos y conoceria el bien y el mal. Por último, la tentó asegurándole, que ella y su esposo serian como dioses. De la misma manera obró con Jesucristo. Primero, le tentó por medio del sustento del cuerpo, cosa de que no puede prescindir ningun mortal. Viendo que con esto nada alcanzaba, le tentó con que hiciese algo para ostentacion ó vanagloria, en lo cual, alguna vez, se dejan arrastrar las almas virtuosas. Ultimamente, le tentó en lo que no es ya propio de personas espirituales, sino carnales, ofreciéndole las riquezas y gloria del mundo, con manifiesto desprecio de Dios. Nunca se desconcierta, ni desalienta el demonio, ántes del desprecio mismo que hacemos de sus artificiosas invenciones, saca nuevos y más poderosos argumentos para deslumbrarnos y precipitarnos. Si al primer encuentro con que pensó desvanecer la virtud del santo Job, respondió éste, que poco le importaban los males y las pérdidas de la tierra, miéntras el cielo le fuese propicio; luego se sirvió de su misma confianza en Dios para poner á prueba su fidelidad, haciendo bajar fuego del cielo que abrasase y destruyese-

se sus haciendas. Así también, cuando ve que resistimos una tentación con que intenta apartarnos de la observancia de un precepto, acude con nuevos bríos á atacarnos por la parte que ha sido motivo de nuestra resistencia.

Para lograr mejor su objeto, rara vez intenta derribar al hombre justo de un golpe, sino que lo hace por grados. Oraba el santo Profeta siete veces al día, levantábase á media noche á cantar las divinas alabanzas, el rigor de sus ayunos habia extenuado sus fuerzas, velaba con incansable desvelo sobre todas sus acciones, y en todas tenia presente al Señor, no perdonando diligencia para apartar á su alma de la ocasión y del peligro. Para acometer el demonio á un hombre tan virtuoso, tan vigilante y tan animoso, empieza por aconsejarle una pereza criminal con respecto á los deberes de su regia dignidad. Cuando los reyes salían á combatir al frente de sus ejércitos, David se estaba paseando con tranquilidad por las galerías de su palacio. A esta primera omisión le siguió otra no ménos perniciosa en los ejercicios de la oración y de la penitencia; y viéndole Satanás falto de vigor, lleno de frialdad, le dispuso para que fijase sus ojos en un objeto torpe. La vista de una mujer completó la obra del ángel de las tinieblas; David perdió su antigua fortaleza, desaparecieron sus buenos propósitos, extinguiéronse sus fervorosos deseos, y cometió un enorme pecado. Esta misma maliciosa conducta observó con el príncipe de los apóstoles. Fuéle apartando poco á poco de su divino Maestro, y entibiando el fervor de su caridad con esta separación, hasta que al fin le indujo al punto de negar con insistencia á su Maestro.

Deducid de esto, amados oyentes, que no hay tentación, por ligera que sea, que no deba causarnos sobresalto. Si despreciamos las tentaciones que nos parecen de poca monta, el príncipe de las tinieblas, poco á poco, dominará á nuestra alma, y nos haremos esclavos de un tirano, que por más que nos lisonjee con promesas halagüeñas, jamás os dará sino trabajos y deshonra.

Decidme, sino: ¿qué puede daros el infame tentador? ¿Cuáles son sus riquezas sino tormentos atrozísimos? ¿qué lleva consigo sino la desolación y el estrago? ¿Qué dió á Saul? La desesperación. ¿Qué dió á Job? Enfermedades y aflicciones. ¿Qué dá al sensual? Penas, recelos, pérdida de su hacienda, de su salud y de su tranquilidad. ¿Qué dá al ambicioso? Vanas y fantásticas ideas con que agita cruelmente su imaginación. Ved ahí, amados oyentes, lo que el demonio dá á quien le entrega su alma. Dios mío, no permitais que los hombres entreguen sus almas al desgraciado espíritu, que, por haberse

rebelado contra vos, quedó privado de todas sus perfecciones, y solamente posee la malicia, la aflicción y la tristeza. No permitais que los que han sido redimidos con el precio infinito de vuestra sangre, se hagan esclavos de un tirano que hiere, mata y destruye en donde entra; de un mónstruo, que despues de haber extinguido en nosotros la fe, la esperanza y la caridad, consume las riquezas de nuestros méritos, ciega la razón, despues se burla de nuestra desgracia; y si en su eterna desesperación cabe alguna complacencia, la tiene en nuestra ruina y perdición.

2. Amados oyentes, vestíos con la armadura de Dios, para que podais defenderos contra las asechanzas del demonio. Si implorais con confianza el socorro del cielo, Dios estará con vosotros, y vuestro enemigo quedará vergonzosamente derrotado. El que tiene el auxilio del Señor, nada debe temer. «A sus piés, como dice David PSALM. XC, 7, caerán á millares sus enemigos; caminará seguro sobre el áspid y el basilisco, pisará al león y á los dragones.» Con esta confianza, no debemos desistir un momento de nuestra fervorosa oración, para implorar los socorros del cielo: siempre debemos traer en boca estas palabras del profeta: *Deus in adiutorium meum intende, Domine ad adjuvandum me festina*; PSALM. LXIX, 2. ¡Oh Dios atiende á mi socorro: acude, Señor, luego á ayudarme.

No basta, empero, implorar los auxilios del cielo para triunfar del demonio, es preciso, además, mortificar nuestro cuerpo, poderoso instrumento que sirve al enemigo tentador para hacernos caer en pecado. San Pablo hacia mención de sus trabajos, cuando cantaba las misericordias de Dios, que le habia librado de innumerables peligros: *Plus omnibus laboravi, non ego, sed gratia Dei mecum*; COR. XV, 40. Debe pues el cristiano juntar á la poderosa arma de la gracia la mortificación; debe debilitar y abatir la carne. ¡Qué conjunto de armas tan poderosas ofrece la carne al demonio! La seducción, el placer, los más dulces atractivos, todo está dispuesto para perdernos. No desprecia el demonio unos medios tan oportunos para derribarnos. Para triunfar de nuestro primer padre se valió de la mujer, y por este medio de ilusión le sedujo y pervirtió; y para triunfar de nosotros se vale del cuerpo y de sus atractivos. Sujetándole y enfrenándole, destruiremos sus maquinaciones.

Armados con la oración y la mortificación, ya no tenemos que temer al demonio. Rechacémosle con intrepidez, y no nos detengamos á oír su voz seductora; no contestemos á sus propuestas y sugerencias; no nos pongamos á disputar con él sobre si nos conviene ó no lo que nos propone. Es una serpiente astuta, que apenas ha in-

troducido su cabeza, cuando ya se apodera completamente de nosotros. Si queremos vencerla, rechazamos con brio y decision sus primeras asechanzas. La perdicion de Eva tuvo su origen en el hecho de haberse detenido á discutir con el demonio sobre la inteligencia del precepto divino. Nosotros debemos imitar la conducta de Jesucristo, que, sin detenerse á declarar su infinito poder al tentador, ni hablarle de la conveniencia ú oportunidad del milagro, que solicitaba, le rechazó con una sentencia, que le dejó confuso y desvaneció todos sus proyectos. Haciéndolo así, el demonio se retirará avergonzado y confundido; las pasiones se amortiguarán, la concupiscencia quedará refrenada, la carne se humillará, y las virtudes crecerán en nosotros hasta hacernos varones perfectos, y disponernos á recibir la eterna corona, prometida á los que vencen hasta el fin, corona que á todos os deseo. Amen.

DEMONOLOGÍA.

Accedens tentator dixit ei.

Acercándose al tentador le dijo.

(*Matth. iv, 3.*)

Hermanos míos: el Evangelio de este día puede, con razon, llamarse el Evangelio de la tentacion. Nuestro Señor Jesucristo nos dá, en efecto, en su persona divina, el ejemplo de la tentacion, con sus caracteres los más admirables y extraordinarios, puesto que llega hasta el punto de permitir al demonio, que ponga sus manos sobre su santa humanidad, y que le traslade de un lugar á otro. Empero, me apresuro á añadir, que, en su triunfo brillante sobre el espíritu tentador, nos presenta inmediatamente el modelo y la garantía de una victoria cierta contra las tentaciones, aún las más violentas y extremadas.

Pudiera yo, hermanos míos muy amados, con ocasion de este Evangelio, hablaros de las tentaciones, que torturan nuestra vida; y de las razones decisivas que tenemos, para que su permission no nos cause admiracion ni espanto, sino que nos mueva á precavernos y armarnos contra ellas; empero, he preferido deciros algunas palabras del tentador mismo, del demonio, autor é instigador del mal. Rara vez habreis oido tratar de este asunto en este lugar; sin embargo, conviene tratarlo, porque atravesamos una época en que nada se respeta; y en nuestros días, algunos doctores del protestantismo, algunos neos intérpretes de la Biblia, contando con el apoyo de los numerosos libre-pensadores, no temen afirmar, que el demonio y las obsesiones, de las cuales habla el Evangelio, nunca han existido, sino en la imaginacion y el cerebro enfermo del vulgo crédulo é ignorante. Impugnar este error tan impío como grosero, é ilustraros, al mismo tiempo, sobre ciertas cuestiones importantes que se relacionan con el mismo asunto, es lo que me propongo hacer con mi discurso. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Antes de ocuparme, queridos hermanos míos, en demostrar la existencia del demonio, su identidad propia, sus actos y los certificados de su origen, como tambien la autenticidad de las obsesiones y posesiones del Evangelio, que le presuponen, permitidme recordaros, que tres especies de criaturas salieron de las manos de Dios: las criaturas propiamente espirituales, ó los ángeles; las criaturas mixtas, ó el hombre con su doble naturaleza y unidad de persona; y las criaturas simplemente corporales, divididas en dos clases, animadas, las unas, é inanimadas, las otras, cuyo uso y vista nos alimentan, nos encantan y regocijan.

No temais, hermanos míos, que pretenda con eruditos y laboriosos argumentos probaros la existencia del demonio, ni que me remonte al origen de las cosas, para obligaros á asistir á la creacion de tantos millones de espíritus gloriosos, destinados á alabar á Dios eternamente, y á formar una corona radiante al rededor de su trono; nó, queridos hermanos; ni tiempo ni voluntad tengo para ello. Tampoco os hablaré de la historia y de las causas de la caída de un considerable número de esos espíritus, de la naturaleza de su falta, y de los castigos horribles, que fueron la consecuencia de ella, tales como la pérdida de los dones y de las gracias privilegiadas, que habian recibido, su vergonzosa derrota y expulsion del cielo, y los malos espantosos á que fueron condenados. Me limitaré á exponeros dos puntos importantes de la enseñanza católica sobre los demonios, que os